

que el número de fieles por parroquia tiende a descender. Es otro de los signos de la renovación antes mostrada. En estas ciudades vivirán hasta el 90 por ciento de los habitantes de América Latina en el año 2000. Si el nivel 3<sup>o</sup>), de la página 130, era el esencial para la nueva sociedad nacional independiente, *el sector urbano* será esencial para la futura civilización profana y pluralista.

En el censo de 1947 se recogieron, en Argentina, los siguientes resultados oficiales: «Dicen ser católicos: 93,6 por ciento; sin religión, 1,5 por ciento<sup>52</sup>, contando en ese entonces con 16,5 millones de habitantes. Los miembros de Acción Católica en 1945 eran 66.099<sup>53</sup> y los sacerdotes 3.500.

Vemos, entonces, perfectamente dibujada la realidad: una *masa* que se llama católica, que ha sido bautizada, que en su mayoría será casada por la Iglesia y que en su minoría recibirá la extremaunción; la inmensa mayoría del pueblo latinoamericano, del campo y de la ciudad; el grupo *practicante*, que fluctúa entre el 12 y el 25 por ciento, sin darse nunca la práctica general de Alemania ni de las «cristiandades» bretonas (en Francia), pero tampoco la descristianización consciente y tradicional (el caso de la Creuse, en Francia); y la *elite*, absolutamente minoritaria, pero en aumento tanto en conciencia y responsabilidad como en número.

Sobre la masa rural pesa la tradición de las «mediaciones» recibidas en la práctica del catolicismo -las «fiestas», las «plegarias», las «devociones», los lugares de peregrinación-, a veces lindando con la superstición o francamente mágicas (*el catolicismo popular*); en Brasil toma el aspecto del espiritismo y, en el Caribe, de religiones africanas. Es el «claroscuro» que hemos indicado en las conclusiones de la segunda parte de este trabajo. Ciertamente existe la fe, pero *incoativa*, en su comienzo (la evangelización debe terminarse).

En la masa urbana, la desorganización ecológica, económica, social ha producido un neopaganismo bien conocido en París o Hamburgo, Roma o Madrid, Londres o Buenos Aires. El problema latinoamericano se ve, sin embargo, agravado por la falta de estructuras misioneras actuales.

Concluimos diciendo que, ciertamente, todos aquellos que han sido bautizados (aunque habría que preguntarse sobre la conveniencia de bautizar a todo el que lo pide y «se llama» *católico*) pertenecen al pueblo que la

<sup>52</sup> P. V. Frías, *La solution actuelle du catholicisme en Argentine. ibid.*, p. 23.

<sup>53</sup> En 1959 había sólo 58.893. Esto se explica bien: muchos miembros han pasado al sindicalismo, a la vida política o pública en el país, aunque existe, en Argentina, una crisis de la generación adulta (quizá un tanto conservadora en el catolicismo y que no sabe cómo responder a las nuevas situaciones).

Iglesia abarca en su universalidad, pero con un doble defecto: el esencial, que consiste en que su fe y su caridad son deformadas, insuficientes, *subdesarrolladas*, si se nos permite; el segundo, que el no tener conciencia de la distancia que los separa de Jesucristo, de no ser efectivamente participantes plenos de la Iglesia, les impide disponerse para la evangelización, es decir, no están en «estado de ser misionados».

Nos oponemos a dos posiciones extremas: Una, América Latina es considerada como tierra absolutamente de misión, por cuanto la fe no existe ya en la *masa*: juicio un tanto desmedido y autosuficiente, que juzga a veces con criterios técnicos, ilustrados y europeístas la fe de un pueblo que desconoce. Otra, América Latina es una tierra católica, porque se bautiza más del 90 por ciento, que desconcierta el valor de la conciencia y la libertad en la aceptación humana de la Gracia propuesta por Jesucristo en los sacramentos: postura de *cristiandad* medieval o colonial.

Creemos que la verdad es otra: América Latina es un pueblo evangelizado a medias -indios, mestizos y criollos- y descristianizado por desconcierto, en el caso de los extranjeros; es decir, es *inicialmente* católico, pero es igualmente *tierra de misión*. La *masa* ignorante o docta posee una fe incipiente; una *minoría* debe evangelizar con *los signos* que los tiempos le exigen manifestar.

## 2. Iglesia y fe

Consideremos el mismo problema desde otro punto de vista, pero entrando en lo esencial de la cuestión. «La descristianización es demasiado rápida (en la masa), es necesario hacer una elección. Es decir, saber quién es cristiano, todavía y en verdad, aquel que es susceptible de ser auténticamente cristiano en aquellos países. Y partir, en cierta manera, de nuevo: construir un cristianismo arraigado profundamente en la estructura humana. Para esto es necesario elegir: si es que continuamos ocupándonos de todo con la misma intensidad, si es que los sacerdotes continuarán intentando tener contactos superficiales con la gente para que asistan de cuando en cuando a la Iglesia..., esto significaría que la pastoral de la Iglesia renunciaría a elegir entre un cristianismo que subsistirá en cuanto subsistan aquellas estructuras de *cristiandad*, aunque éstas son ya pocas en América Latina... ¡No se evangeliza en la cristiandad; no se evangeliza tampoco en América Latina!... En América Latina, la preocupación por proteger las *instituciones cristianas* por todos los medios posibles ha comprometido al cristianismo mucho más que en Europa: ha corrompido las *palabras* por las cuales el cristianismo debe ser proclamado, debe ser evangelizador.

Y nosotros ahora no tenemos ya palabras...»<sup>54</sup>. El autor del artículo plantea con valentía y claridad la *elección pastoral* que decidirá el futuro de la Iglesia latinoamericana.

En América Latina había, en 1961, 186.623.042 católicos, 18.783 sacerdotes diocesanos, 20.013 sacerdotes religiosos (un total de 39.447 sacerdotes), es decir: 4.730 fieles por sacerdote<sup>55</sup>. Mientras que Estados Unidos, con 38.600.000 católicos, tiene 55.006 sacerdotes (703 fieles por sacerdote). Esto nos muestra la importancia de la *elección* que se nos indica arriba. ¿Es que el sacerdote latinoamericano puede cumplir las tareas normales de un sacerdote en *crístiandad*? , o ¿es que no deberá definir su posición claramente y ocuparse sólo de ciertas funciones esenciales, como en la Iglesia primitiva?

Por otra parte, esto se justificaría más si se tiene en cuenta, por ejemplo, que los pastores protestantes eran, en 1957, 20.660<sup>56</sup>.

Y, sin embargo, no puede dejarse de lado la dialéctica entre *minoría* y *masa* cristiana. Si tomamos, por ejemplo, el caso del Nordeste brasileño, el de las monorías sindicales, de la Acción Católica parroquial y aun de la vida sacerdotal, es en la medida en que dichas minorías toman conciencia y trabajan con la masa que su fe se forma y crece, que su caridad se universaliza. Es evidente que hay que dejar de lado *instituciones cristianas* que son el lastre de la *crístiandad* -quizá aquí sea la escuela privada, allí el bautismo dado sin ninguna condición o garantía, más allá la pérdida de tiempo en tareas administrativas, etc.-, pero de ningún modo el *contacto* con la masa, con el pueblo que «sigue llamándose católico», puesto que dicho *contacto* es un contacto evangelizador.

El número de sacerdotes, con respecto a la evolución demográfica, se ha estabilizado<sup>57</sup>, pero nunca llegará a bajar notablemente el número de fieles por sacerdote. Para aumentar sus *contactos* entre los que poseen una fe viviente y una caridad efectiva, que hemos denominado *elite*, es necesario aumentar los cuadros pastorales haciendo participar a miembros de esa *elite* en funciones que antes no cumplían. Se ha hablado de los *doctrineros*,

<sup>54</sup> R. P. Segundo, «L' Avenir du Christianisme en Amérique Latine», en *Lettre* 54 (1963) 7-120 (En 1971 la cuestión se plantea de manera menos tajante y más adecuada.)

<sup>55</sup> W. Promper, «Statistiques du clergé en Amérique Latine», en *Aux Amis de l'Amérique Latine* (Lovaina), mayo 1961, pp.140-141.

<sup>56</sup> La cifra de 41.088 pastores en 1961 debe ser tomada con precaución, por cuanto el aumento de 13.596 pastores en Brasil en sólo cuatro años hace pensar en una muy precaria preparación o en un error.

<sup>57</sup> Por ejemplo, en Venezuela, de 630 sacerdotes en 1944, había 1.218 en 1960 (lo que significa un índice de aumento [1950-100]): los sacerdotes de 85 pasan a 165, mientras que la población del país de 85,9 pasa a 131,9; esos 33,1 puntos en favor del aumento de sacerdotes no son suficientes para colmar el retraso).

*rosarieros*, diáconos, diaconisas, religiosas que distribuyen los sacramentos (como en Brasil), etc. Ciertamente, la dialéctica entre elite y masa necesita nuevos modos, nuevas maneras de vincularse, «mediaciones» creadas por la jerarquía como solución a los problemas esbozados en este trabajo.

Para alcanzar un día la evangelización plena de la fe incipiente de la masa es necesario elegir resueltamente el camino de la vitalización de las minorías ya activamente católicas, creando al mismo tiempo, como modo de expresión de dichas comunidades y como comienzo de la reevangelización, estructuras misionales jerárquicas que no estén ya solamente constituidas por sacerdotes célibes.

El protestantismo, para el catolicismo latinoamericano, debe ser interpretado como un «gesto providencial» que exige a la Iglesia la formación de comunidades auténticamente cristianas y misioneras, para reunir así a los «elegidos» con los «llamados», la *elite* con la *masa*.

¿El fin de la labor evangelizadora es la constitución futura de una *nueva cristiandad*, análoga a la cristiandad medieval? El fin de la evangelización es la conversión de cuantos vayan descubriendo el mensaje y cooperando activamente en la salvación universal. La elite será siempre minoritaria, un grupo más en una sociedad pluralista; los católicos, aunque fueran auténticos y mayoritarios, lo serán en una civilización profana. Es decir, la comunidad política es autónoma de la comunidad religiosa (no así la *umma* del Islam o la *cristiandad*, donde jurídica, intelectual y sociológicamente se propone una fe exclusiva y excluyente). Será entonces una civilización profana, donde la elite aceptará el *pluralismo* y la mayoría será *tolerante*. Todo esto contra los grupos de derecha o integristas que pretenden constituir una «sociedad natural cristiana» (que además de ser una *contradictio in terminis* es un error teológico, es decir, universalizar como esencial e intemporal un sistema concreto y superado). Los católicos de muchos países de Europa y Estados Unidos viven todavía con ciertas estructuras de *cristiandad*; en ese sentido puede decirse que América Latina se enfrenta a un problema que se hará presente en aquellos países, pero sólo dentro de algún tiempo.

### 3. Fe y signo

El «mensaje» de Jesucristo se dirige a una existencia humana, es decir, también a la comprensión del hombre. El hombre puede comprender ese mensaje sólo por *signos*: «Tal vez fue el primer signo (*sémeion*) de Jesús» (Jn 2,11). Pero para que un signo sea comprendido debe significar «algo» al que lo recibe. Debe entonces haber una relación entre el «signo» y el

«pueblo» al que dicho signo se dirige<sup>58</sup>. Debe tenerse en cuenta la situación en la que se encuentra ese pueblo; de lo contrario el pretendido *signo* no significa nada. La Iglesia es el «signo» de Jesucristo en América Latina. El «signo» comprensible de ese pueblo ignorante, hambriento -no tanto como a veces se dice, pero ciertamente con conciencia de sufrir la injusticia (en el plano internacional y nacional)- es la *justicia*.

Karl Marx juzgó a la Iglesia europea como la juzgaban en su tiempo los obreros: «La religión es el opio del pueblo»<sup>59</sup>; es decir, el catolicismo es solidario del conservadurismo, del monarquismo o, en último caso, de la burguesía. La toma de postura ante la reforma agraria, acompañada con actos efectivos de entrega de las pocas tierras que les quedaban aún a las diócesis o a las Órdenes religiosas, como en Chile, comienza a producir en el pueblo, en el pequeño pueblo, en la misma clase obrera, una reacción desconocida hasta ahora: ¿quizá podamos contar con la Iglesia en nuestra causa de la justicia? Es evidente que las minorías burguesas, oligárquicas, urbanas y liberales han caído en el descrédito ante los pueblos latinoamericanos; mucho más los conservadores. La Iglesia se encuentra libre, no sólo de sus antiguos enemigos, sino de muchos compromisos. No se crea, sin embargo, que los conceptos esbozados se realizan en toda Latinoamérica: por el contrario, hay bastiones del conservadurismo, un falso tradicionalismo o el afán de una *nueva cristiandad*.

El CELAM, los grupos cristianos en general, van tomando posición ante la realidad social, en el sentido de la reforma fundamental de estructuras. Los laicos comprometidos en sindicatos, gremios, partidos políticos representan poco a poco lo más dinámico en dichos movimientos.

Al nivel de la *civilización* -ya que el problema de la fe y el pluralismo se sitúa el nivel del *núcleo ético-mítico*- la Iglesia latinoamericana (mucho más que la europea) se ha comprometido en la lucha por la justicia.

Lo cierto es que a partir de la guerra de la Independencia, desde 1808 a 1962, se ha desarrollado una crisis que puede denominarse la «agonía de la cristiandad» y que, por supuesto, no es la agonía del cristianismo, sino de un cierto modo de vivir el cristianismo.

La agonía tiene dos etapas. En la primera, la decadencia es creciente e inevitable; todas las instituciones de la cristiandad colonial han sido prácticamente aniquiladas (1809-1930). Poco a poco, sin embargo, desde la misma cristiandad agonizante surgen proyectos de «reconstrucción». Diríamos que si se trata del querer aplicar un «modelo» medieval o colonial,

<sup>58</sup> Véase el artículo de A. Souques, «Le signe de l'humanité de Dieu aujourd'hui», en *Lettre*, 65 (1964) 25ss.

<sup>59</sup> «Die Religion... ist das Opium des Volks» («Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie», en *Die Frühschriften*, Krocner, p. 208).

sería una «nueva cristiandad». Nace así Acción Católica, como «participación del laicado en el apostolado jerárquico de la Iglesia», olvidándose que el laicado como tal tiene un apostolado eclesial propio por el bautismo sin necesitar participación especial. Nacen así también los partidos de inspiración cristiana (la «Democracia Cristiana») que en siempre difícil, cuando no equívoca definición, asumen en nombre del cristianismo una responsabilidad que le corresponde al ciudadano, simplemente. Ambas instituciones, por nombrar sólo dos, pretenden la conversión o el retorno de los Estados, la cultura, a un nuevo tipo de cristiandad constantiniana, aunque dicha cuestión no haya sido planteada de esta manera.

El intento de una «nueva cristiandad» dio sus frutos y significó un temporal renacimiento (1930-1962). Sin embargo, es bien posible que el camino elegido no fuese el definitivo ni, por otra parte, el más adecuado para la etapa que hemos comenzado. Sólo un hecho inesperado y del todo mayor en la historia de la salvación va a poner punto final a la agonía de la cristiandad, no porque no haya quienes luchan todavía por su nueva instauración, sino por aparecer un nuevo horizonte, un nuevo proyecto teológico, pastoral, existencial de vivir el cristianismo como antes de la cristiandad. Ese hecho inesperado ha sido el Concilio Vaticano II, que significa una nueva etapa en la historia de la Iglesia universal, pero, de manera aún más determinante, en la historia de la Iglesia en América Latina. Los acontecimientos de la *historia santa* vividos por los cristianos en América Latina desde 1962 hasta el presente serán tema de los dos últimos capítulos de este ensayo.

En 1962 habíamos escrito que en América Latina se había creado una doble actitud: por una parte, muchos, no suficientemente formados (teórica y existencialmente), caerán en el desorden, en la anarquía, en un progresismo que no tendrá en cuenta la tradición y la institución; otros, en cambio, igualmente no formados adecuadamente para hacer frente a la realidad cambiante y como cayendo en cierto vértigo, se opondrán a toda reforma, a todo avance.

La actitud cristiana preconiliar debió ser la que Cristo nos indica: «Seguidme, y dejad que los muertos entierren a los muertos» (Mt 8,22).